

Encendiendo nuestra misión



César García-Rincón de Castro

La llama, la lámpara, la luz... son símbolos recurrentes en las narrativas de todas las culturas religiosas y también profanas, en los escritos de los poetas místicos (como la “Llama de amor viva” de San Juan de la Cruz), y también en la cultura popular de nuestras vidas. Hablamos de la llama del amor, la llama de la esperanza, de mantener viva la llama que un día prendió algo importante, de no dejar que se apague la llama, etc.



Encendiendo nuestra misión

Rellenamos la silueta de la llama con post-it amarillos que tienen escritas actitudes y comportamientos para mantener encendida la llama de nuestra misión

- 1 Dibujamos una vela en papel tamaño póster, con su cuerpo, mecha y su llama, una llama grande para rellenarla luego con post-it.
- 2 En un ambiente de silencio y reflexión, cada cual va aportando al encendido de la llama, entre 1 y 3 post-it escritos con comportamientos y actitudes personales para avivar esa misión compartida.
- 3 Una vez que toda la silueta de la llama queda completamente rellena de color amarillo con los post-it de comportamientos / actitudes, procedemos de forma simbólica al encendido de nuestra misión.
- 4 Sellamos el encendido con un aplauso, gesto o celebración compartida: tomar algo juntos y brindar por el éxito, al tiempo que colocamos la vela en un lugar visible a todos, físico o virtual (foto compartida, imagen de grupo, etc.).

En los momentos importantes de nuestra vida, como los cumpleaños, por ejemplo, encendemos velas como señal de alegría. Todo esto se remonta a tradiciones muy antiguas. En el momento del año en que se publica esta dinámica en la revista ICONO, asistimos en todo el mundo a diversos actos y rituales del encendido de las luces de Navidad en muchas ciudades, y también en muchos hogares.

Y ahora que vivimos en un momento de crisis energética de materia física a nivel global, también

podríamos preguntarnos por la crisis de materia metafísica y espiritual que vivimos, por nuestras llamas de amor, compromiso, colaboración, valores humanos, en definitiva, que se apagan y dejan de brillar, porque se consumen sin más, y no se dedica energía a mantenerlas vivas. La diferencia entre la crisis de materias físicas y la crisis de materias metafísicas, es que las primeras son agotables (sobre todo las de combustibles fósiles), y las segundas son inagotables, las podemos producir sin medida, y cuanto más las compartimos, más aumentan. Pero la clave está, como en la parábola

de las “Diez Doncellas” de San Mateo, en ser no sólo consumidores de llamas, sino también cuidadores y avivadores de las mismas, misioneras y misioneros de la luz, en definitiva.

El símbolo de la llama, representado sobre todo en la “lámpara encendida”, tiene bellos mensajes y numerosas reflexiones en las Sagradas Escrituras. En este pasaje de Lucas, por ejemplo, se nos invita a ser luz, a no esconder lo bueno, a iluminar las oscuridades del mundo y a otros, a servir y ser útiles:

«Nadie enciende una lámpara para luego ponerla en un lugar escondido o cubrirla con un cajón, sino para ponerla en una repisa, a fin de que los que entren tengan luz. Tus ojos son la lámpara de tu cuerpo. Si tu visión es clara, todo tu ser disfrutará de la luz; pero si está nublada, todo tu ser estará en la oscuridad. Asegúrate de que la luz que crees tener no sea oscuridad. Por tanto, si todo tu ser disfruta de la luz, sin que ninguna parte quede en la oscuridad, estarás completamente iluminado, como cuando una lámpara te alumbró con su luz» (Lc 11,33-36).

Y en este pasaje de Mateo, muy conocido también, se nos invita a ser previsores y estar preparados, a cuidar nuestras lámparas y mantenerlas con suficiente energía para no llegar tarde y agotados cuando realmente nos necesiten los demás:

«Sucederá entonces con el reino de los cielos como lo que sucedió en una boda: diez muchachas tomaron sus lámparas de aceite y salieron a recibir al novio. Cinco de ellas eran despreocupadas y cinco previsoras. Las despreocupadas llevaron sus lámparas, pero no llevaron aceite para llenarlas de nuevo; en cambio, las previsoras llevaron sus botellas de aceite, además de sus lámparas. Como el novio tardaba en llegar, les dio sueño a todas, y por fin se durmieron. Cerca de la medianoche, se oyó gritar: “¡Ya viene el novio! ¡Salgan a recibirlo!” Todas las muchachas se levantaron y comenzaron a preparar sus lámparas. Entonces las cinco despreocupadas dijeron a las cinco previsoras: “Denos un poco de su aceite, porque nuestras lámparas se están apagando.” Pero las muchachas previsoras contestaron: “No, porque así no alcanzará ni para nosotras ni para ustedes. Más vale que vayan a donde lo venden, y compren para ustedes mismas.” Pero mientras aquellas cinco muchachas fueron a comprar aceite, llegó el novio, y las que habían sido previsoras entraron con él en la boda, y se cerró la puerta. Después llegaron las otras muchachas, diciendo: “¡Señor, señor, ábrenos!” Pero él les contestó: “Les aseguro que no las conozco.” Manténganse ustedes despiertos —añadió Jesús—, porque no saben ni el día ni la hora» (Mt 25,1-13).

Existen relatos más actuales y seculares, igualmente bellos e inspiradores, como la historia de Florence Nightingale, más conocida como “La dama del candil”, cuya historia dio origen a la profesión de la enfermería. Todas las noches paseaba con su candil encendido cuidando a los soldados heridos de la Guerra de Crimea en 1853, y la sola proyección de su sombra nocturna sobre la pared creada por el candil, ya producía alivio y bienestar a los dolientes, hasta el punto que algunos abrazaban esa sombra, cuentan algunos artículos periodísticos de la época. Lo cierto es que fue todo un símbolo en la época, y ello unido a su alta inteligencia (además de enfermera era matemática), hizo que fuese una persona clave en la organización y gestión de la moderna enfermería. Hablamos pues, de lámpara, de luz como símbolo de una cultura del cuidado, algo que en la actualidad ha cobrado una creciente importancia como sabemos.

Hecha esta introducción, la dinámica consiste en encender la llama de un proyecto o misión importante para un grupo o equipo de personas. El modo de hacerlo será rellenando el interior del dibujo-silueta de esa llama, que puede estar vinculada al dibujo de una vela o lámpara, como preferamos, con palabras escritas en post-it (notas adhesivas) amarillos, como la luz de la lámpara, que representen todo aquello que estamos dispuestos a hacer para mantener viva esa llama.

En el cuerpo de la vela o la lámpara, que simbolizará la estructura social o proyecto que sustenta esa llama de sentido, escribiremos el nombre del proyecto o propósito compartido que deseamos que brille en nosotros y desde nosotros hacia otros. El objetivo es que visualmente quede toda la silueta de la llama coloreada del amarillo de las notas adhesivas, que a su vez tienen escritos nuestros compromisos a modo de comportamientos y actitudes que darán vida y luz a esa vela o lámpara compartida.

Conviene que otorguemos al momento de encendido de la llama, que coincidirá con el inicio del proyecto, compromiso o propósito compartido, un cierto carácter ritual y celebrativo, como cuando celebramos un cumpleaños o acto importante: si deseamos que el símbolo tenga fuerza y eficacia, debemos cuidar estos detalles que también son importantes. Como parte del ritual, una vez encendida esa llama, es decir, rellena toda la silueta de la misma con las notas adhesivas y sus palabras importantes a modo de actitudes y comportamientos, la dejaremos en un lugar visible para que nos siga iluminando durante todo el proyecto. Recordemos aquí el pasaje de Lc 11,33: “Nadie enciende una lámpara para luego ponerla en un lugar escondido o cubrirla con un cajón, sino para ponerla en una repisa, a fin de que los que entren tengan luz”.